

Leer y escribir desde el posgrado: algunas reflexiones

CARMINA VIVERO-DOMÍNGUEZ¹



Resumen

En el presente artículo se reflexiona sobre cómo el leer y escribir desde el posgrado es esencial para dar inicio a la formación como investigadores ya que se ha llegado al nivel en que se requiere de personas competentes; sin embargo, a pesar de que los estudiantes de posgrado han estado, durante años, en una escolaridad básica que promueve las habilidades de lectura y escritura, ésta sólo les ha dotado de mecanismos simples. Así, los estudiantes de educación superior traen consigo el problema en la falta de estas prácticas tan necesarias para ese nivel.

Palabras clave: Leer, Escribir, Educación Superior, Posgrado.

Reading and Writing from Postgraduate school: Some Reflections

Abstract

This article reflects on how reading and writing from postgraduate school is essential to start training as researchers since it has reached the level where competent people are required; however, despite the fact that graduate students they have been, for years, in a basic schooling that promotes reading and writing skills, this has only endowed them with simple mechanisms. Thus, higher education students bring with them the problem in the lack of these practices so necessary for that level.

Key Words: Reading, Writing, Higher Education, Postgraduate.

Recibido: 12 de julio de 2021
Aceptado: 4 de septiembre de 2021
Declarado sin conflicto de interés

¹ El Colegio Mexiquense A. C. Doctora en Bibliotecología y Estudios de la Información por la Universidad Nacional Autónoma de México. carmiluna10@hotmail.com

Introducción

Leer es relativamente fácil cuando se ha aprendido a reconocer el alfabeto, los signos de puntuación y las pausas entre palabra y palabra. Pero si la lectura sólo se queda en ese nivel donde se ha logrado la identificación de caracteres, entonces no es más que un mero acto de descifrar; sin embargo, para que esta actividad sea algo completo y con función para el sujeto es necesario que las personas lean a profundidad y con constancia. Inicialmente se aprende a decodificar, pero conforme se va avanzando la lectura demanda más habilidades para hacerla dinámica, trascendente y útil.

Por otro lado, en la cuestión de la escritura, es necesario conocer las reglas de la gramática y de la ortografía, pero esto es sólo lo elemental porque escribir correctamente implica, además, tener un orden de ideas que ha pasado por un procesamiento de la información que se desea transmitir.

Una vez puntualizado lo anterior, es importante decir que tanto la lectura como la escritura son transmitidas por el sistema escolar, es decir que el nivel de instrucción será el factor más poderoso por encima del social.

La siguiente cita respalda la idea con la que se inicia este artículo:

Enseñar a leer y a escribir se suele relacionar con el proceso que inicia de manera formal en la escuela, con su aprendizaje de las normas y los avances que cada ciclo establece para el descifrado de códigos de lengua escrita, la sintaxis, la gramática, la incorporación del capital lingüístico, una determinada velocidad en la lectura y, finalmente, los usos de la lectura orientados a obtener, de los textos que prescriben los docentes, los datos con los cuales se pueden resolver preguntas y elaborar tareas (Ramírez e Ibáñez, 2017, p. 62).

Sin embargo, es importante comprender que el aprendizaje desarrollado en un nivel básico como la escuela primaria, cuando generalmente se aprende a leer y a escribir, no garantiza el alfabetismo funcional. Siendo así, entonces ¿qué sucede cuando una persona desea estudiar un posgrado y no tiene el hábito de la lectura y la escritura? Desgraciadamente, existe un acompañamiento por parte de los maestros y los padres de familia que en ciertas ocasiones no llega más allá de los siete años, un periodo en donde el niño se encuentra en segundo de primaria. Posterior-

mente comienza una etapa de desatención que se da exactamente después de que se alfabetiza al pequeño, siendo entonces cuando se olvida cruelmente la necesidad y el compromiso de proporcionar libros de interés para los niños que recientemente aprendieron a leer, a fin de que continúen en el mundo de las letras, así como de fortalecer el hábito de la escritura y no sólo del dictado de palabras.

En ese nivel básico de la primaria suele pasar que los maestros viven presionados por cumplir con el programa escolar, lo que puede llegar a ocasionar que vean la práctica de la lectura y la escritura como una pérdida de tiempo. Sin considerar, además, que si los maestros no leen ni escriben difícilmente le puede transmitir a los alumnos esta pasión.

Y es que la escuela es, por mucho, la institución idónea para realizar las prácticas de la lectura y la escritura e inclusive para lograr convertirlas en un hábito, porque es el espacio de alcance universal donde los alumnos encuentran la ocasión de participar en la experiencia de leer y escribir. Es el lugar dispuesto donde se puede ejercer el derecho de todos a ingresar en el universo de la cultura escrita.

Al respecto, desde hace varios años atrás ya se había reflexionado que:

Leer y escribir... Palabras familiares para todos los educadores, palabras que han marcado y siguen marcando una función esencial –quizá la función esencial– de la escolaridad obligatoria. Redefinir el sentido de esta función –y explicitar, por tanto, el significado que puede atribuirse hoy a esos términos tan arraigados en la institución escolar– es una tarea ineludible. Enseñar a leer y escribir es un desafío que trasciende ampliamente la alfabetización en sentido estricto. El desafío que hoy enfrenta la escuela es el de incorporar a todos los alumnos a la cultura de lo escrito, es el de lograr que todos sus exalumnos lleguen a ser miembros plenos de la comunidad de lectores y escritores (Lerner, 2001, p. 25).

Por supuesto, también es importante ser objetivos y considerar las diferentes condiciones sociales y culturales de las escuelas, por lo que la disponibilidad de materiales de lectura no es igual en todos los casos. Lamentablemente no será lo mismo una escuela en un ambiente rural y en uno urbano, o quizá hasta una del sector público y una del privado. Por eso existen programas escolares que han tratado de contrarrestar ese problema para evitar casos de desigualdad, ya que la lectura debe ser parte de las preocupaciones coti-

dianas de los que trabajan en las escuelas y, en este sentido, profesores y bibliotecarios deben emplear cada día nuevas estrategias para hacer de la lectura una actividad posible.

Ante este contexto es pertinente la siguiente cita: (Se distingue) ...de manera clara y reiterada a la escolaridad como el factor sociodemográfico de mayor peso en la conformación de las prácticas lectoras de los mexicanos. Reforzar el lugar de la lectura en la escuela contribuye a incrementar el aprovechamiento escolar y por tanto la permanencia en el sistema escolar. Asimismo, reforzar el lugar de la lectura en los programas educativos es fundamental para incrementar cuantitativa y cualitativamente el comportamiento lector en la edad adulta. Por esto es altamente recomendable estimular a los maestros como agentes promotores de la lectura y el equipamiento de las escuelas como recintos que, a través de las bibliotecas escolares y las bibliotecas de aula, ponen a la disposición de los jóvenes estudiantes una amplia variedad de títulos definidos a partir de los diversos grupos de edad, más allá de los libros escolares. Es preciso recordar que la escuela actúa como un factor que reduce la desigualdad de oportunidades debido a la no disposición de materiales de lectura en los hogares o a que algunos padres no lean en voz alta a sus hijos durante la infancia (Encuesta Nacional de Lectura, 2006, p. 123).

Con relación a esto, siempre será necesario que se defina un esquema de organización y participación de todos los actores involucrados, donde directivos, docentes, alumnos y, por supuesto, bibliotecarios trabajen en sintonía con respecto a la práctica de la lectura, con el propósito de llevar a cabo un plan de actividades para lograr la accesibilidad a los materiales de lectura, a través de la construcción de espacios y ambientes que propicien la comunicación, generen aprendizajes e impulsen procesos de formación de lectores competentes. Para ello, es necesario diseñar estrategias de comunicación bidireccional entre la escuela y la biblioteca con la finalidad de consolidar y fortalecer la función de la biblioteca como auxiliar de los procesos escolares y también con la posibilidad de compartir experiencias en torno al fomento de la lectura y la formación de lectores.

A manera de decálogo, ya en su momento se proponía el ideal de la escuela con respecto a la lectura y la escritura. Y entre sus planteamientos se destaca que:

Lo necesario es hacer de la escuela una comunidad de escritores que producen sus propios textos para dar a conocer sus ideas... Lo necesario es hacer de la escuela un ámbito donde lectura y escritura sean prácticas vivas y vitales, donde leer y escribir sean instrumentos poderosos que permitan repensar el mundo y reorganizar el propio pensamiento... Lo necesario es preservar en la escuela el sentido que la lectura y la escritura tienen como prácticas sociales para lograr que los alumnos se apropien de ellas y puedan incorporarse a la comunidad de lectores y escritores, para que lleguen a ser ciudadanos de cultura escrita (Lerner, 2001, pp. 26-27).

Este es uno de los retos de la escuela, que debe comenzar desde el nivel básico sólo como un principio, pues se intensifica en los siguientes grados, de tal manera que conforme avanzan los niveles de estudios se requiere que se vuelva notorio el hacer investigación y valerse de la lectura y la escritura que desde pequeño se le enseñó y, quizá, poco se le procuró. De no lograr enfrentar el reto, en consecuencia, se tienen alumnos de posgrado que poseen herramientas muy deficientes para investigar sobre el tema de interés, interpretar información, discriminar y pensar de forma independiente.

Parte del problema radica en que, frecuentemente, en el salón de clases el empleo de la lectura suele darse a través de la intervención del maestro, quien precisa la lectura y determina las páginas a leer. Es decir, se presentan acciones de los maestros en las que se emplea la lectura dirigida, pero no se reflexiona sobre lo aprendido y, por ende, no queda testimonio en algún apunte sobre las ideas aprendidas.

Al respecto, se dice que:

La responsabilidad social asumida por la escuela genera una fuerte necesidad de control: la institución necesita conocer los resultados de su accionar, necesita evaluar los aprendizajes. Esta necesidad – indudablemente legítima– suele tener consecuencias indeseadas cuando se intenta ejercer un control exhaustivo sobre el aprendizaje de la lectura, se lee sólo en el marco de situaciones que permiten al maestro evaluar la comprensión o la fluidez de la lectura en voz alta; como lo más accesible a la evaluación es aquello que puede calificarse como “correcto” o “incorrecto”, la ortografía de las palabras ocupa en la enseñanza un lugar más importante que otros problemas más complejos involucrados en el proceso de escritura (Lerner, 2001, p. 31).

Por eso, y desde siempre, la lectura y la escritura como forma de aprendizaje son actividades complejas que deben realizarse con propósitos definidos porque involucran, entre otras cosas, la atención, la memoria y el razonamiento. De ahí que no basta solamente con saber leer, sino comprender lo que se lee. Todo esto se adquiere, principalmente, en la escuela, como parte de una formación pedagógica; sin embargo, es necesario replicar el proceso desde casa hasta convertirlo en un hábito, y, además, también es necesario decir que leer constituye una actividad de ocio. Sin embargo, se ha relacionado a la escuela como una institución que aísla la lectura de los fines en los que ésta se inscribe socialmente, pues se presenta como una imposición que forma parte de una calificación en el programa escolar, dejando de lado su función de distracción o placer que la caracteriza fuera de la clase. De esta manera se atribuye la indiferencia de los estudiantes ante la práctica lectora.

Ante este panorama hasta aquí descrito, es fundamental mencionar que la escuela es una institución con un sinfín de funciones por las cuales vale la pena apoyarla y reforzarla en cuanto al trabajo que desde ahí se realiza; replantear lo que se hace en la educación básica llevaría a tener mejores resultados, por eso precisamente este artículo reflexiona, a través de un análisis, el cómo se han estado trabajando las prácticas de la lectura y la escritura, a fin de encontrar propuestas que las apoyen aún más, ya que poseer estos hábitos, definitivamente, no es sencillo.

En ocasiones sucede que se da por concluida la función del profesor una vez que el alumno ha aprendido mecánicamente a leer palabras. El fracaso escolar en secundaria y bachillerato, así como el analfabetismo funcional en la universidad, e incluso a nivel posgrado, deriva en buena medida de esa falta de entrenamiento transversal continuado a lo largo de todo el periodo formativo; por eso las destrezas y habilidades para el fomento de la lectura deben continuar presentes.

Siendo así es indudable que la escuela ha fallado en la tarea de ir más allá para fomentar la lectura en cuanto al ocio o el esparcimiento cuando se observa que los estudiantes se limitan a saber leer con rapidez y entender literalmente el texto escrito, pero se les dificulta realizar una comprensión y valoración de lo leído. Y más aún leer fuera del aula con fines de placer, sobre todo de placer cultural.

Esta situación se da, quizá, porque se cree, ingenuamente, que los estudiantes por sí solos desarrollarán habilidades y estrategias para llevar a cabo la lectura y, por ende, la escritura. Mientras que la reali-

dad es que tal vez sólo algunos de ellos continúen con esos hábitos porque, por ejemplo, desde el ambiente en el hogar ya traen ese acompañamiento. De alguna manera, la educación de los padres está asociada con el dominio de las habilidades por parte de los hijos en lectura. Sin duda, el ambiente familiar en donde existen libros favorece este contexto.

Por eso, si bien se mencionó desde un principio, tanto la lectura como la escritura son transmitidas por el sistema escolar, es necesario, también, contribuir desde la casa para propiciar cercanía con los materiales de lectura a los niños, pero también a los jóvenes, más aún si pretenden continuar con su formación académica, porque estudiar un posgrado va acompañado, sin duda, de mucha lectura.

La adquisición de estos hábitos es indispensable, si no quedan bien cimentados desde los primeros años difícilmente podrá lograrse más adelante con otros niveles superiores de la educación. Indudablemente que para crear estas buenas conductas sólo hay un método y es leer y escribir, procurando que se realice de manera satisfactoria, lo cual se logrará por la forma en que se motiva la lectura y la escritura, por el ambiente y el interés que se le otorga. Todos estos factores debidamente manejados ayudan a la creación consciente del hábito.

Incluso se dice que “el verdadero gusto por la lectura es una costumbre que no admite ni impulso coercitivo ni disposición de urgencia” (Argüelles, 2003, p. 114). El lector decidido en su papel no lee solamente para obtener una recompensa inmediata resolviendo alguna información en el libro, sino como parte de un hábito placentero a través del cual se siente bien, además de que eleva su conocimiento y cultura. Como todo esfuerzo, la lectura ofrece sus propios estímulos los cuales pueden no ser inmediatos; sin embargo, seguramente sí son duraderos y arraigados profundamente en el lector, lo que se aprende con la lectura ya no se pierde jamás.

De esta manera, es evidente que, desde muchas perspectivas, la lectura y, por ende, la escritura, son por demás importantes, de ahí el revalorarlas como una tarea indispensable en el proceso educativo, pues esta actividad que comienza en el aula debe manifestarse más allá de ella.

La importancia de las prácticas de lectura y escritura en el posgrado

Ahora bien, una vez planteado el panorama de la situación en donde, desde un principio, no se fomen-

ta la lectura y la escritura como prácticas fundamentales en la vida académica, es momento de ir analizando las consecuencias que traen consigo la carencia de estas habilidades.

Suele observarse que es en un nivel académico superior en donde se vuelve más evidente el problema ya que estando dentro de una institución de educación superior el trabajo de investigación es una actividad sustantiva que se distingue por aportar un conocimiento nuevo en donde se requiere, evidentemente, del binomio lectura y escritura.

Incluso, es importante señalar que a nivel posgrado esta situación representa un inconveniente no sólo en el alumno como investigador, sino también para los tutores de tesis y proyectos, pues se enfrentan al doble reto de asesorar metodológicamente y de, además, orientar aspectos de redacción. El apoyo del tutor o asesor es vital para los alumnos; sin embargo, implica mayor tarea ya que no es fácil combatir con los problemas de raíz como la falta de lectura en los estudiantes que derivan en la poca expresión de ideas concretas y competentes. De ahí las complicaciones en los retrasos para titularse por el tiempo que implica escribir académicamente una tesis o un artículo.

Ante esta problemática, si bien puede existir una latente preocupación por parte de los docentes del posgrado, a ese nivel ellos tendrían dificultad para intervenir en cuestiones que ya no les competen directamente. Es ahí donde se complica la situación debido a que el profesor no puede hacer mucho para resolver el problema y el estudiante queda sujeto a sus propios recursos y limitaciones.

Aquí una interrogante para reflexionar sobre la magnitud de esta dificultad, ¿cómo pueden, los estudiantes de posgrado, producir un texto coherente si padecen de problemas de desempeño lector? Bueno, desde un principio ¿cómo son admitidos a un posgrado estudiantes que no saben preparar un protocolo de investigación? La respuesta es complicada; sin embargo, una de las conjeturas, desafortunadamente, es que no hay otro tipo de candidatos, porque todos provienen de un sistema escolar deficiente. Llegan a estudiar un posgrado sin un protocolo de investigación porque simplemente no saben qué investigar, creen que durante el posgrado será el tutor quien les dará el tema y las lecturas, lo que a la larga repercute en tiempo de más para terminar su tesis.

Si bien las personas pueden asumirse como alfabetizadas, leer va más allá de la capacidad de descifrar; es construir significados y otorgar sentido, lo que generalmente es subjetivo, de ahí que la competencia

lectora sea una variable de suma complejidad cuando se intenta trabajar con intención investigativa.

Se sabe que un investigador requiere de publicar sus escritos, porque es la manera en que se dará a conocer y se hará de un nombre en el mundo académico de la investigación. Incluso, se sabe que a los investigadores se les incentiva con reconocimiento y económicamente por publicar, pero sería importante saber ¿cuántos de ellos leen? En cierta forma la lectura es una actividad superior a la escritura porque sólo se puede escribir con el lenguaje que se adquiere leyendo.

Siendo así, la lectura es la materia prima de la escritura y la posibilidad de crear un escrito, en mucho, se relaciona con lo que se ha aprendido de otros autores porque esas palabras se convierten en las nuestras que junto con pensamientos y experiencias se mezclan para crear un nuevo escrito.

Y es tan necesario el binomio lectura-escritura que bastaría con reflexionarlo más a fondo para entender su importancia, porque hoy en día pareciera no pasar nada si se nos dice que no leemos, o si nosotros mismos comentamos que no leemos; sin embargo, no podríamos tolerar que nos digan que no pensamos. En este sentido, se debería entender todo como un ciclo, en donde se lee y en consecuencia se piensa y se escribe.

De tal forma, regresando a lo mencionado en párrafos anteriores sobre los incentivos para quienes escriben, en el caso de México el ejemplo se puede representar con el Sistema Nacional de Investigadores quien se encarga de reconocer a los investigadores que se dedican a hacer ciencia y sobre todo a publicarla, valdría la pena mencionar el hecho de que se valora a la escritura, quizá porque es una práctica visible, sin embargo no existen estímulos para leer, de ahí que pareciera perder importancia el hábito de la lectura sobre el de escribir y publicar tanto en estudiantes de posgrado como en los investigadores ya consolidados.

Ahora bien, lo ideal es que un estudiante de posgrado lea textos académicos; al respecto, pareciera que socialmente ya está establecido lo que se debe leer porque incluso al indagar en cuestiones de la lectura es de observarse que los análisis comúnmente se realizan basando resultados en determinar el número de libros que se leen, es decir se toman en cuenta lecturas que proviene de este tipo de objeto, dejando de lado otros. Sin embargo, también se puede argumentar que los que supuestamente no leen más bien sí leen, sólo que no leen lo que otros quisieran, o lo que

otros dicen que deberían leer. Bajo esta idea, se esperarí­a que los estudiantes de posgrado lean de todo y tenga noci3n de lo que sucede a su alrededor. Debería ser una premisa que como seres humanos leyéramos, y ni qué decir como estudiantes de posgrado, pues esto tendrí­a que ser una pr3ctica cotidiana para realizar investigaci3n de calidad. Y en ese sentido, es necesario entender que la lectura debe ser variada para poder ejercer juicios amplios.

Al margen del ideal aquí­ presentado acerca de la importancia y necesidad de leer y escribir en el posgrado, es pertinente mencionar tratando de entender c3mo funcionan estas pr3cticas, cuando se dice que deben desarrollarse de manera habitual, no se es ajeno a la problem3tica que pudiera representar el entorno social del alumno. Incluso se ha manifestado que desde factores relacionados con la procedencia familiar y sociocultural se determinan de modo fuerte las maneras de leer y de escribir.

Y por supuesto que en cuestiones de polí­tica, como gobierno, hace falta generar estrategias encaminadas al fomento de la lectura, en materia de educaci3n, desde un nivel b3sico hasta uno superior que permitan todo lo que ello representa. Sin embargo, ese es un trabajo constante que corresponde a quienes est3n o estamos del lado de las bibliotecas y de los programas de lectura. Mientras eso sucede, la responsabilidad que se debe asumir como estudiantes de posgrado es la de buscar apoyo a trav3s del entorno acad3mico en las instituciones de educaci3n superior a las cuales se est3 adscrito, pues son los lugares id3neos en donde las autoridades educativas, a trav3s de los servicios bibliotecarios, realizan grandes esfuerzos en cuestiones econ3micas y de planeaci3n para la adquisici3n de libros, compra de bases de datos y el dise­o de programas de promoci3n de la lectura, a fin de atraer a los usuarios y poder propiciar las condiciones necesarias para ofrecer material con lecturas acad3micas, ya sea en formato de libro, peri3dicos, revistas fí­sicas o electr3nicas. La pregunta difí­cil de responder por parte de los estudiantes, quiz3, tiene que ver con ¿con qué frecuencia hacen uso de los materiales de lectura que el posgrado les ofrece?

Por eso hoy en día se implementan apoyos, así lo describe la siguiente cita:

En Méjico, las instituciones de educaci3n superior que vislumbran los problemas de la lectura, escritura y las capacidades relacionadas con el manejo de la informaci3n de los alumnos, impulsan a trav3s de sus funciones sustantivas a la educaci3n, la investigaci3n, la difusi3n de la cultura, y al mismo

tiempo proporcionan soluciones mediante actividades, proyectos y programas con fines acad3micos (Ramírez e Ibáñez, 2017, p. 61).

Y es que, en este nivel de educaci3n, por tratarse de posgrados en donde se priorizan las cuestiones acad3micas y de investigaci3n, la lectura y la escritura tienen cierto grado de complejidad para su comprensi3n y producci3n lo cual exige mayor análisis, debido a que son materiales densos y especializados. Así, la lectura y la escritura, en este contexto, demandan precisi3n, especificidad y rigurosidad disciplinar, sumado a que los textos suelen ser extensos en comparaci3n con los que leían en otros momentos durante la licenciatura, por ejemplo. Además, como parte de la apropiaci3n y construcci3n del conocimiento, deben dar cuenta por escrito no sólo de los contenidos explícitos de las lecturas sino de aspectos implícitos.

La ense­anza de la lectura y la escritura figuran de manera prominente en los contenidos educativos de la educaci3n pública de Méjico. Hasta cierto punto es notorio que sí existe un interés, al menos en el dise­o de los planes de estudio, en desarrollar habilidades de lectura y escritura en los estudiantes mexicanos desde la educaci3n inicial.

No obstante, aunque desde temprana edad se procura el desarrollo de dichas habilidades en los estudiantes, mientras no exista un compromiso serio difí­cilmente se podrá trascender estando en otros niveles y mucho menos poder llegar a un posgrado con las herramientas necesarias para realizar investigaci3n y todo lo que estas pr3cticas ofrecen íntegramente. A los alumnos, de principio a fin, en su estancia escolar se les debe dotar de todos los medios para desarrollar la pr3ctica de la lectura y la escritura, de tal forma que las posibilidades siempre est3n presentes. Quiz3 muchos de ellos se dediquen a otro tipo de actividades en donde leer y escribir no sea la prioridad, pero también se debe continuar otorgando herramientas a los alumnos que en un futuro continúen por el sendero acad3mico.

Por eso, desde artículos como éste se alza la voz en la latente preocupaci3n para promover una lectura de calidad con fines educativos, pero también como un acto de recreaci3n que supere proyectos y discursos como “en Méjico no se lee”, frases que enfatizan la idea de que los pocos lectores, la falta de hábitos de lectura o la mala calidad de ésta residen, por principio, en la educaci3n b3sica en donde se comienza con la ense­anza de la lectura.

Es necesario revisar a fondo y, en dado caso, reconstruir el trayecto que se está recorriendo actualmente desde la educación básica hasta la superior. De lo contrario, si se continúa con este mismo método de instrucción nos estaremos alejando, por mucho, de una parte sustancial que lleva consigo la lectura y, por ende, la escritura. Y se reafirmará que:

Cuando en la sociedad ilustrada, y sobre todo desde el sistema educativo, se propone la lectura como uno de los hábitos que deben desarrollarse a fin de que los ciudadanos adquieran más conocimientos e información, el asunto no puede parecer más digno de elogio. Pero la propuesta revela un enorme desconocimiento acerca de la lectura. En general son quienes no leen (o leen sólo por obligación) los que piensan que la lectura debe implementarse para los fines prácticos del progreso social. Suelen hablar de competencia lectora y de comprensión de la lectura como elementos fundamentales del hábito, excluyendo todo rasgo de placer e incluso condenándolo, cuando el motor de la lectura es el gesto espontáneo del gusto gratuito, el goce mismo, siempre vinculado al azar, la indisciplina y el rechazo a la rigidez de toda forma autoritaria (Argüelles, 2003, p. 121).

Es un hecho de que de ninguna manera se puede descartar la lectura y la escritura ni como estudiantes de posgrado, ni como investigadores en un cubículo, pero también es cierto que estas prácticas deben valorarse desde el disfrute mismo y no precisamente verlas como una obligación.

Por eso, entre otras cosas, resulta inaudito que antes de iniciar la inscripción a un posgrado, entre los requisitos que se señalan para los aspirantes, se menciona que “deben tener gusto por la lectura”, cuando se esperaría que esta razón fuera obvia y sin necesidad de precisarla, sobre todo para los alumnos que pertenecen a las áreas de Humanidades o Ciencias Sociales.

Se supondría, en un ideal, que cuando uno se decide a estudiar un posgrado es porque cuenta con las herramientas necesarias para lograrlo. Por eso, y de acuerdo con el sociólogo Pierre Bourdieu, todos poseemos un capital cultural que se convierte en un referente importante en nuestra formación; sin embargo, para acrecentarlo es necesario invertir en él. La pregunta, bien valdría plantearla, sería ¿cuánto invierte en su capital cultural un estudiante de posgrado? en este caso hablando meramente en la adquisición de material de lectura.

Debe quedar claro que, para escribir desde la posición de un alumno de posgrado con miras a convertirse en un investigador, se deberá encontrar la voz propia en los escritos y las publicaciones, pero eso se logrará, entre otras cosas, a través de la práctica de la lectura. De ahí que un alumno de posgrado en formación deberá ir creando sus condiciones para trabajar en la construcción de su propio discurso académico porque se convertirá en hablante autorizado acerca de los asuntos que conciernen a su comunidad a partir de su formación especializada, por lo que deberá manejar adecuadamente sus escritos. Así, se entiende que “el doctorado es el nivel formativo clave reconocido por la comunidad científica y se caracteriza por la exigencia de producción académica original en el campo disciplinario” (Carrasco *et al.*, 2011, p. 1228).

La escritura en el posgrado es, en definitiva, un producto público que permite la interacción con los otros miembros de la comunidad académica, por cuanto garantiza el diálogo entre pares; contribuye a la socialización de los saberes y, permite, además, visibilizar el conocimiento. “Por lo tanto, quien no escribe no se ve, no se conoce, no tiene voz” (Moya Pardo *et al.*, 2013, pp. 41-42).

Sin embargo, ante esto:

1. Estadísticamente, los verdaderos lectores son escasos y constituyen una íntima minoría en una enorme población mundial que, aun siendo alfabetizada, y aun teniendo algún contacto con los libros, no puede denominarse lectora.
2. Existe un analfabetismo cultural, representado por quienes aun sabiendo decodificar una palabra, una frase, una oración, un párrafo, una página, al mismo tiempo no sólo carecen del hábito de leer, sino que, además, no creen que la lectura cotidiana de libros constituya una experiencia digna de disfrutarse.
3. Estas personas pueden ser -y de hecho lo son- universitarias; muchas de ellas son carreras humanísticas (incluso con doctorados y posdoctorados), y sin embargo no les interesa leer por iniciativa propia ni tienen un comercio estrecho con los libros (los libros o fragmentos de libros que leyeron o leen en la universidad no tienen otro propósito que su titulación) (Argüelles, 2003, p. 93).

Por eso, aunque pudiera parecer lógico que los universitarios leen y escriben, no es del todo verídica esa idea. En las universidades a nivel licenciatura, o en los posgrados, a pesar de ser instituciones con personas alfabetizadas, se deben proporcionar los

medios adecuados y continuar de manera constante con programas para el fomento de la lectura y la escritura.

Se dice que:

En México, los retos para promover la alfabetización disciplinar en las universidades no son menores, ya que la lectura y la escritura como objetivos pedagógicos son inconsistentes y están presentes principalmente en recursos remediabiles que se ofrecen como materias optativas en los primeros semestres de las carreras (López, 2017, p. 39).

Y es que, si bien es cierto que desde la infancia se aprende a leer y escribir, parece ser que en el transcurso del tiempo se olvida si no se ejercita. Y si algo se requiere hacer para lograr una alfabetización académica, es decir, para leer y escribir de acuerdo con las formas que cada comunidad disciplinar utiliza para entender y crear conocimiento, pues entonces se debe hacer, no importa el nivel de estudios del alumno; finalmente si éste presenta problemas con dichas prácticas a fin de terminar su propia tesis o sus proyectos, entonces es momento de actuar y ayudar a reforzar. Nunca estarán de más los cursos que sirvan como medio de apoyo para caminar en el sendero de la investigación.

Consideraciones finales

Existen, por doquier, una serie de estrategias a seguir para lograr que una persona se convierta en lector y otras tantas para su perfección en la escritura; no obstante, el problema tiene un trasfondo que va más allá de realizar ciertos pasos. Incluso, por muchos voluntarios que apoyen el fomento de la lectura, hace falta un programa lineal y sin pausas que, desde el nivel primario, promueva la lectura y la escritura como un hábito necesario.

Ante esta situación planteada en el presente trabajo, se muestra un reto por demás trascendental que consiste en convertir en lectores funcionales a todos los ya alfabetizados, independientemente del grado escolar. Decir todos es un ideal y a eso es precisamen-

te a lo que se debe aspirar. No es suficiente con alfabetizar; ahora la tarea es doble porque también consiste en formar lectores capaces de comprender los textos escritos, lo cual es una operación que supone una segunda etapa en la capacidad de leer. Desde el aula, los maestros y las autoridades educativas deben tener presente la urgencia de convertir a los alumnos en lectores que puedan servirse en ese momento y más adelante de la escritura.

Se ha asumido, de manera errónea, que quienes ingresan a un posgrado son conscientes del compromiso adquirido y que, por tanto, ya no es necesaria la instrucción en las habilidades de lectura y escritura. Sin embargo, se ha detectado que, pese a lo adelantado de su escolaridad, presentan aún problemas para incorporar en sus trabajos de investigación estrategias lectoras de análisis y síntesis que les permitan recuperar las ideas sustantivas y plasmarlas de manera propia en un nuevo texto escrito.

Referencias

- Argüelles, J. D. (2003). *¿Qué leen los que no leen? El poder inmaterial de la literatura, la tradición literaria y el hábito de leer*. México: Paidós.
- Carrasco Altamirano, A. C. y Kent Serna, R. L. (2011). Leer y escribir en el doctorado o el reto de formarse como autor de ciencias. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 1227-1251.
- CONACULTA (2006). *Encuesta Nacional de Lectura (2006)*. CONACULTA: México.
- Lerner, D. (2001). *Leer y escribir en la escuela: Lo real, lo imposible y lo necesario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- López Bonilla, G. (2017). Alfabetización y literacidad disciplinar: el acceso al conocimiento en las disciplinas académicas. *La enseñanza de la lectura en la universidad*. 29-42.
- Moya Pardo, C., Vanegas Sánchez, I. y González González, C. (2013). *Escribir en el posgrado. Escritura académica y producción de conocimiento*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Ramírez Leyva, E. e Ibáñez Marmolejo M. (2017). Leer, escribir e informarse en la UNAM: una visión cartográfica. *La enseñanza de la lectura en la universidad*, 59-84.